

ROBIN S. JENKINS.

*La vida de los campesinos en Alto, Portugal*

Al igual que Richard Lee, Robin Jenkins recurre a la economía política marxista así como a la ecología para analizar la vida social y económica de una comunidad específica; en este caso se trata de un aislado pueblo de campesinos en el sur de Portugal. Más concretamente, el autor trata de analizar la relación existente entre la estructura de clases, la economía y la ecología de esta comunidad. Jenkins intenta demostrar que, mientras que la ecología de una región puede estar determinada (entre otros factores) por la economía política, la recíproca es igualmente cierta. También explica cómo el hecho de introducir y de plantar cultivos que proporcionan un buen rendimiento económico, como el eucalipto, produce la aparición de nuevas clases sociales en la región y también conlleva una alteración radical del equilibrio ecológico que podría, con el tiempo, provocar un desastre medioambiental y el dislocamiento social de la comunidad.

El libro posee objetivos políticos claros: son los que propugna el movimiento ecologista. Pone en tela de juicio la naturaleza y la importancia del «desarrollo económico» y del «progreso agrícola»; aboga por el rendimiento de la energía en la agricultura; propugna que se abandonen los procedimientos de la fertilización química. Sobre todo nos advierte de los peligros inherentes a la manipulación del medio ambiente en vista del beneficio económico a corto plazo: «A medida que el hombre desarrolló su capacidad para manipular y dominar su medio ambiente natural, a través de la domesticación de animales y de la manufactura de herramientas, la sociedad empezó a crear un excedente. Si el excedente podía ser fácilmente intercambiado; si, en otras palabras, se podía obtener una plusvalía, la relación de la sociedad con su medio ambiente natural cambiaba rápidamente. Como resultado, paisajes enteros han quedado destrozados y los climas alterados. Una civilización tras otra han ido agotando los recursos

naturales. Los ríos erosionaron y arrastraron la superficie de la tierra, y lo que quedó no fue suficiente para mantener a la civilización que sobre ella se asentaba» (p. 141).

Jenkins, trabajando sobre el terreno, examina los efectos que tuvo sobre una comunidad agrícola, antaño autosuficiente, la inauguración de una nueva carretera, la introducción de nuevas técnicas agrícolas (fertilización sintética) y la plantación masiva del eucalipto. Jenkins relata cómo, con los primeros fertilizantes que llegaron en camión por la nueva carretera, los campesinos descubrieron que podían aumentar sobremanera sus cosechas y producir un excedente que podrían vender (para poder comprar fertilizantes y otros elementos destinados a la producción agrícola). En resumen, Alto pasó de tener una economía campesina de subsistencia a transformarse en una operación capitalista, comercial y orientada hacia el mercado y la producción de excedente. Describe y justifica cómo, con el paso de los años, las terrazas en las que fueron empleados esos nuevos métodos se han empobrecido y que hoy en día es necesaria una considerable fertilización para cultivar con rendimientos comerciales.

Finalmente es introducido el eucalipto. A primera vista parece una buena idea, ya que proporciona a la gente de allí unos buenos y tan necesarios ingresos. Por desgracia, tal y como Jenkins señala, esta especie de árbol consume grandes cantidades de agua, hace bajar el nivel del subsuelo acuífero, seca la tierra y, a la larga, los pozos (los de los vecinos que todavía intentaban labrar la tierra). El resultado fue dramático: muchas familias se vieron obligadas a abandonar sus tierras porque ya no eran cultivables, los que las adquirieron las dedicaron a plantar más eucaliptos, con lo que descendería todavía más el nivel del subsuelo acuífero y tal vez acabaría incluso imposibilitando que los eucaliptos creciesen allí.

«Lenta e inevitablemente Alto se está quedando seco. La comunidad agrícola de Alto tiene ahora una vida limitada. Sin lugar a dudas la gente seguirá viviendo allí y logrará conseguir suficiente agua para las necesidades de la casa, pero las terrazas ya no podrán producir cosechas de verano, y la base ecológica y económica de siglos de una producción agrícola estable, ya socavada por una utilización excesiva de fertilizantes, será destruida» (p. 133).